

Lucrecia Martel y el imperativo cinematográfico



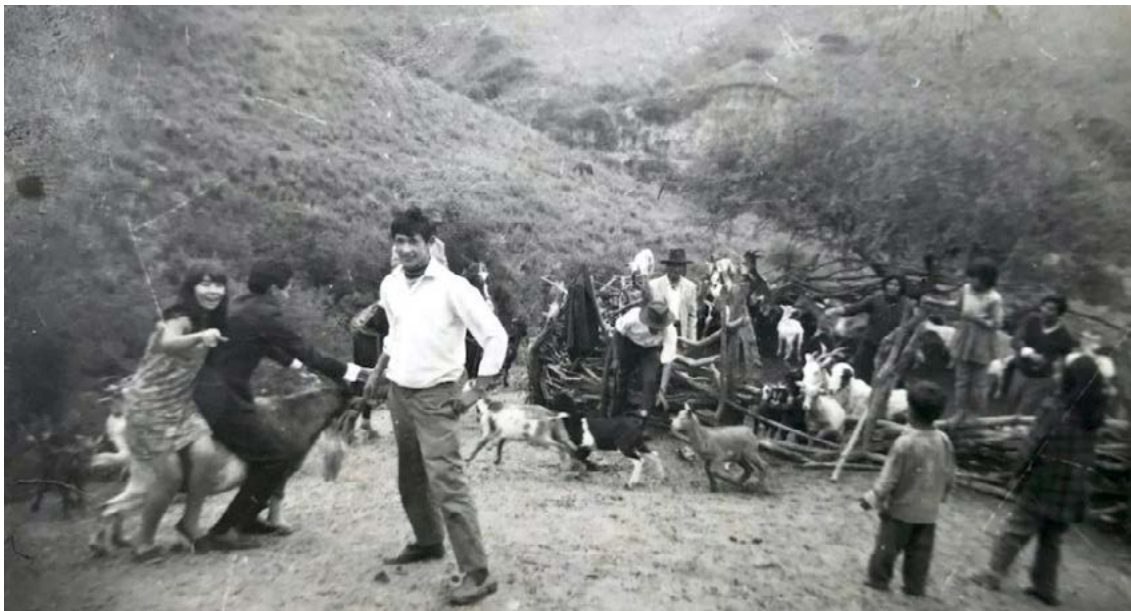
*Juan Manuel Ciucci**

Luego de una laureada carrera, que la llevó a ocupar lugares de trascendencia en el mundo cinematográfico presidiendo jurados en los festivales más prestigiosos del mundo, Lucrecia Martel se abocó a la realización de su primer documental. Según se registra, le llevó nada menos que catorce años concluir el proceso que lleva por título *Nuestra tierra*, y que este año tuvo su estreno en el Festival de Venecia.

La historia que intenta desentrañar tiene que ver con el asesinato en el año 2009 del comunero Javier Chocobar, de la comunidad Chuschagasta de Tucumán. Como ha indicado Martel, la pregunta que la impulsó fue en torno a “¿qué cosas sucedieron para que se mate a un hombre así en ese lugar?”, pero teniendo en cuenta el entramado histórico en que la Argentina se ha institucionalizado: “¿qué pasó a lo largo de la historia para que eso sea posible?”.

* UNPAZ.

Figura 1.



Fuente: fotograma de *Nuestra tierra*, de Lucrecia Martel. Programa Ibermedia.

Gómez realizaba una filmación de lo que ocurría, al huir los agresores su cámara quedó en el suelo y esa filmación se convirtió en un video que se viralizó como prueba irrefutable del crimen cometido.¹ Fueron esas imágenes las que vio Martel en internet y que la impulsaron a comenzar su investigación. “La persona que llevaba la cámara tenía un arma, y esa situación para una persona que hace cine es sumamente espeluznante, que alguien que va a filmar también tiene un arma”, indicó en la conferencia de prensa del estreno en Venecia. Remarcando además la paradoja del idioma inglés donde *shoot* refiere tanto a disparar como a filmar, lo que nos obliga a retomar similar paradoja en nuestro idioma cuando al oírla decir “una persona que hace cine” no podemos no escuchar también “asesine”.

“Y entonces empecé a investigar”, continúa Martel,

y si bien siempre ha sido para mí el racismo un problema muy profundo y un gran escollo en la cultura Argentina, me parecía que esta vez era necesario ir más lejos y contactar a esa comunidad y conocer más en detalle y eso fue lo que hicimos durante muchos años: investigar históricamente la comunidad y los documentos que tenían que ver con ella.

Ese tiempo diverso al “de la industria” como explica la cineasta que viven nuestros pueblos originarios da cuenta de la demora en la producción del documental, pero también expone una práctica y una necesidad al momento de intentar dar cuenta de una situación tan compleja.

¹ <https://www.youtube.com/watch?v=8O4R3lazLAI>

“La duda que tenemos en cine es si uno está autorizado para hablar de esas cosas, si uno está aprovechándose para estar acá, paseándose por el mundo con una película sobre el dolor y la frustración de otras personas”, indicó Martel. Agregando que

es indispensable que asumiendo el riesgo histórico de poder equivocarse, asumiendo los riesgos políticos de todo lo que significa intentar entender el problema de un país donde uno no tiene el protagonismo sino los recursos del cine para presentarlos, es indispensable que cubramos ese riesgo, que por protegernos a nosotros mismos, por proteger nuestras carreras, no dejemos de correr el riesgo histórico que es acercarse a tratar de entender a los otros y a través de los otros a nuestros países y a nosotros mismos.

Transcribo en extenso sus palabras porque creo son fundamentales para indagar en este tiempo histórico la relevancia del cine y las preguntas éticas en torno al mismo, que tan poco parecen hoy ser indagadas. “Porque creo que el cine entró en zonas de impotencia, y es necesario animarse a cometer errores y no quedarse callado por miedo a una corrección que ya no tiene sentido porque nos está impidiendo usar el lenguaje de la palabra, de las imágenes y el sonido para tratar de entendernos entre nosotros”, agregó. Esa complejidad de contar una historia de ese gran “otro” que siguen siendo nuestros pueblos originarios, pero que también nos interpela al momento de contar historias de otros colectivos u otras perspectivas a las que no pertenecemos. Existe una necesidad a la que debe enfrentarse con valor, pero también con preparación y con una perspectiva ética a fin de intentar cometer la menor cantidad de errores posibles en el hacer. No tomar con liviandad la instancia de enunciación, pero tener el valor de afrontarla.

Un cine necesario

Y aquí nos encontramos con las declaraciones que más han circulado de esta conferencia de prensa de la cineasta argentina en el Festival de Venecia² presentando su película *Nuestra tierra*, y que son las que han impulsado el presente texto. “No nos ha tocado el tiempo de jubilarnos, nos ha tocado el tiempo donde el cine vuelve a tener una relevancia fundamental para contar lo que está sucediendo”.

En un mundo donde constantemente el audiovisual invade nuestra experiencia vital, ¿cuál es la relevancia específica del dispositivo cinematográfico? ¿Qué encuentra y destaca Martel para pensarlo así? “A diario vemos imágenes y sonidos de un país que está siendo devastado, de un pueblo que está siendo devastado que es Palestina, y nuestros pueblos americanos y tantos otros en el mundo”, indica la cineasta.

² https://www.youtube.com/watch?v=AwMusp3rM_Q

La historia nos ha puesto en esta encrucijada, que estamos un poco deprimidos, que no sabemos qué va a pasar, que la inteligencia artificial, que nos quedamos sin trabajo, que ya está pasando me imagino a muchos de ustedes. Es el mejor momento para hacer cine, es el mejor momento para volver a pensar sobre nosotros y tratar de contarnos. Que no estemos deprimidos, que mantengamos la alegría del trabajo de contar, porque es el bastión más importante que tiene la humanidad para pensarse a sí misma.

Quizás la clave esté en los tiempos, en la posibilidad que nos da el cine de alejarnos y acercarnos a esas historias narradas con un distanciamiento urgente que nos permite indagar en profundidad aquello que se nos presenta en la pantalla. Ante la volatilidad de las redes y los medios masivos, esa capacidad de contarnos que encontramos en el cine puede invitarnos a una reflexión profunda, humana, analógica en tanto no su soporte actual sino su herencia narrativa. Aquella que desde el celuloide como estilística continúa influenciando una concepción cinematográfica que encuentra y construye la posibilidad de un discurso que trate de pensarnos.

La actualidad del cine como industria parece cada vez más alejada de este paradigma, y por eso interesa que una cineasta como Martel impulse estas reflexiones desde su cine. Que no tema “proteger nuestras carreras” y se anime a indagar y decir lo que es necesario que sea dicho, desde el mismo corazón de la industria. Posibilitando así el contagio, la influencia, no de quienes nos la imponen desde sus redes, sino en la antigua tradición cinematográfica que desde las pantallas ha impulsado tantas otras narrativas que conquistaron a su vez otras pantallas. Donde ver una película impulsaba otras películas que impulsan otras a su vez, en una fe por el cine que sus palabras presentes retoman.

Nos lleva esto al tiempo en que jóvenes cineastas arriesgaban todo por contar aquello que no se contaba, por registrar lo que permanecía por fuera del registro. En tiempos tan complejos como el presente, donde incluso se jugaban la vida al hacerlo. Transitamos el año en que celebramos el centenario de Fernando Birri, y su legado se actualiza en esta narrativa que Martel brindó al terminar la conferencia de prensa, y pedir nuevamente la palabra con una necesidad por decir algo a los jóvenes realizadores que le urgía. Desde aquel *Tire dié* y su encuesta social, Birri marca un camino de ética y compromiso que se vuelve fundamental retomar y vivificar hoy.

Que sea *Nuestra tierra*³ el primer documental de Lucrecia Martel también nos indica una apuesta hacia un género tantas veces minorizado, realizando así un camino inverso al usual para construir ese “bastión de la humanidad” que nos permita pensarnos. Con su larga experiencia en la ficción, ese abordaje documental aparece quizás como ineludible a la hora de reconstruir una historia de un crimen que si bien juzgado y con condenas, quedó impune ante los diversos avatares del sistema judicial. Pero tendrá una manera de abordarlo distinta, contemplando tiempos y sonidos que conectan la película con diversos pasajes de su filmografía, en la que abordó el tema del racismo desde múltiples perspectivas.

3 Al momento de escribir este texto, no ha sido estrenada en nuestro país y por lo tanto no ofrecemos aquí una mirada de la película.

En algunas de las menciones que hizo de este proyecto a lo largo de los años, indicó que sería un documental de observación, alertando que “en esa observación detallada algo se puede desarticular”. Es esta otra apuesta por el dispositivo cinematográfico, por su capacidad para desentrañar aquello que nuestra mirada ya no puede, bombardeada por imágenes de muerte que son irradiadas desde un genocidio que vivimos en vivo y en directo. Cuando en un tiempo era necesario capturar en la pantalla lo que se quería ocultar, hoy presenciamos que esas imágenes son casi una constante que circula y hasta nos cauteriza ante el horror. Este ejercicio de desarticular que Martel nos propone quizás sea también una potencialidad del cine frente a la avalancha audiovisual que nos domina.